

orden cultural que el presente nos ha ofrecido la oportunidad de saber escuchar y atender.

CARLOS ISAMITT.

## LA MUSICA, EL NIÑO Y EL KINDERGARTEN MUSICAL

Según los psicoanalistas, la obra de arte es «el vaciamiento de la personalidad interna». Tal vez se podría agregar: es la libre, genuina y más fiel expresión de los resortes que mueven el complejo mundo de la inconsciencia, esa máquina poderosa y subterránea que dirige la vida, aflorando en millones de matices al mundo orgánico o de la conciencia.

De la obra de arte, la música es la más vívida, completa y con mayores recursos de exteriorización. La gama de elementos para su expresión es inmensa; su variación infinita; y—sus formas—pueden ser el decir más aproximado del sentir profundo. El lenguaje musical, ya sea en su aspecto creador como de ejecución, es el mundo sin fronteras donde vuela el espíritu. La expresión musical podría, pues, representar en sí, toda una fuerza emotiva hablando su propia lengua.

Ya hemos visto la fuerte influencia que ejerce en los individuos. La reciente guerra nos da su índice. Si pasamos revista a la Europa durante la horrible tragedia que la ha azotado, es la música y las instituciones musicales las que, como rocas graníticas, surgen de todo ese mundo de desconcierto. Es el canto colectivo o individual el que se eleva entre el rugir de los bombardeos. Las poblaciones civiles en los refugios subterráneos se sienten confortadas por alguna de las tantas instituciones corales inglesas que se organizaron en Londres por esos días. Es como si el hombre tratara de huir la realidad al refugiarse en el mundo de la música. Vuelve a repetirse así, a través de mil novecientos y tantos años, esa época en que también los hombres refugiados en el corazón de la tierra, hicieron nacer el «canto cristiano», forma colectiva de organizarse y de tener mayor confortamiento para luchar por la libertad del espíritu. Vemos, pues, a la música reviviendo a lo largo de los siglos en su doble faceta: expresión humana y expresión social.

Y si la música es lo suficientemente poderosa como para hacer actuar y aunar a seres fisiológica y psíquicamente desarrollados, como son los adultos, cabe imaginar su potencia en el campo de la infancia.

\* \* \*

Cada niño es un mundo. Pero un mundo caótico, en el que la joven vida, henchida de fuerza naciente, está respondiendo a cada uno de miles de estímulos. La vida primitiva infantil, precisa

de medida interior, de ritmo, de ordenación. Y este inicial funcionamiento biológico, cuanto más libremente ordenado sea, tanto mejor para el futuro individuo; ya que en el devenir del niño, esta fuerza o mecánica vegetativa se desarrolla en «Vida», y ésta se supera en «Pensamiento» y éste, a su vez, en «Razón» pura; y tanto más interesante será la personalidad completa, cuanto más firme y potente fué la ordenación natural de la primera edad.

Más interesante es todavía esta primera ordenación si se considera que *el niño es como una mesa receptora que está recibiendo, aprehendiendo y registrando* en lo más profundo de su mundo psíquico todo estímulo que venga a alterar su ritmo vital. Debemos pensar que el niño, *no es el pizarrón en que pueda escribirse y borrar*. El niño *es el disco en que la aguja-estímulo va abriendo surcos* con huellas imposibles de hacer desaparecer, pues son todos sus sistemas y experiencias con que responderá al mundo más tarde.

Y en este caso, la música, que es el arte del ritmo, de la ordenación, del equilibrio, de la compensación y, además, el lenguaje que más intensamente habla a la parte emotiva es, por derecho propio, la actividad que mayor terreno debiera tener en el desarrollo integral del niño.

La música a través de su elemento básico, el «ritmo», produce una reacción instintiva e inmediata. Esta reacción se traduce en movimiento que, de esta manera, constituye el más primitivo de los entrenamientos. La ordenación gozosa en este entrenamiento sólo se consigue gracias a una educación musical sistemática e inteligente, ejercida por personas que, además de poseer serios y completos conocimientos, sientan verdadero amor por la música y por los niños.

\* \* \*

La enorme dificultad que hay que salvar en la iniciación musical es hacerla fácil. El problema estriba en llevar al máximun de simplicidad cada uno de los conceptos estéticos, de los elementos de enseñanza que hay que dosificar.

Pensemos en el «Kindergarten musical».

Estudiemos, antes que todo, las características físicas, fisiológicas y psicológicas del término medio de los niños que forman el grupo. Hablo del término medio, por cuanto el superdotado o el retrasado son de por sí problemas individuales, merecedores de capítulos aparte. Ubiquemos, aproximadamente, la etapa de evolución por que atraviesan en el momento esos niños; ya que las «etapas de desarrollo» son rigurosas y francamente definitivas; advirtiéndose que, dentro de estos lapsos, sólo los objetos capaces de poner en juego una tendencia naciente lo cautivan y los que no corresponden a una nueva tendencia lo dejan indiferente. Y la «indiferencia» es sinónimo de «desinterés», y el desinterés constituye el enemigo más poderoso para cualquier tipo de aprendizaje. Descartado el desinterés tenemos, lógicamente, que pensar en el «interés» que también marcha acorde con el grado de evolución, y que no puede

nacer sino cuando todas las condiciones físicas, psíquicas y del medio se reúnen para que una tendencia pueda manifestarse.

El Kindergarten Musical puede dar educación musical a niños de 3 a 5 años de edad. Es la etapa de los «intereses concretos»; el niño ya ha vencido sus períodos perceptivos, motores y glósicos. En primer lugar—como muy bien dice Decroly—debemos asegurarnos que el interés del niño está despierto. En música, ello se prueba fácilmente. En un momento X, sin advertencia previa, se «asalta» (por así decirlo) al niño con alguna melodía, ya sea cantada o ejecutada en un instrumento o medio mecánico. Si se hace este experimento, con seguridad más de alguno de los chicos permanece indiferente al estímulo sonoro, totalmente embuido en la actividad que en ese momento lo preocupa. En este caso, no sería aconsejable obligarlo a interesarse. Muy por el contrario, un maestro hábil busca ingeniosamente la forma cómo atraer a ese pequeño «sordo musical». Es ésta y no otra la enorme dificultad de la primera enseñanza: armonizar los intereses propios de ese mundo diminuto y potente con los imperativos de un programa de trabajo. Pero, la enseñanza de la música está maravillosamente secundada por la naturaleza misma; y así vemos, que todo niño normalmente sano, ofrece espontáneamente su tendencia a la acción, a la realización corporal, gracias al principio inamovible de «la actividad del niño» que se traduce por inquietud y movimiento. *Más que pensamiento, la vida infantil es acción*, siendo su interés dominante, el juego. Esta tendencia lúdica, actualmente aprovechada en beneficio de la educación en la infancia, debe ser la base de la primera enseñanza musical. Sólo jugando, en rondas, en grupos, en filas, en parejas, se puede desarrollar en el niño una acertada coordinación neuro-muscular; jugando se puede educar y corregir deficiencias y grados de maduración motora; jugando se les debe desarrollar su sentido del ritmo; jugando se les debe poner frente al complejo auditivo y de entonación; y, jugando, se les debe llevar hasta la percepción de la belleza que encierra una obra musical.

Danza y recitación deberían ser las actividades fundamentales: ellas son la expresión del ritmo en los movimientos y la expresión del ritmo en el lenguaje. Años de experiencias y observaciones hacen tener presente que antes de los cinco años cronológicos, los niños están fisiológicamente imposibilitados para entonar melodías en forma acertada y precisa. Ni siquiera por imitación su organismo responde. De aquí que el elemento «ritmo» sea el que la naturaleza nos entrega para elaborar, y debemos explotarlo en todos sus aspectos.

Tal vez cause un poco de extrañeza o se crea anticuado hacer recitar a los pequeños. No se trata de darles poemas enormes. Sólo hay que ponerlos frente a pequeñas estrofas, con versos y palabras propias de ellos, que les hablen de la naturaleza, del hogar, de sus fiestas, de sus juegos favoritos y de sus creencias. Estrofas de gran ritmo y medida, susceptibles en un futuro de adaptarse a una melodía. Esto, además de ser un magnífico entrenamiento para su len-

---

guaje, les da la posibilidad de ir ejercitando su memoria, les estimula la imaginación y, posteriormente, la creación musical.

Por otra parte, esto no es más que el revivir del proceso que ha seguido el lenguaje musical, que antes que canto fué palabra y recitativo.

En cuanto a la parte intelectualizada misma del kindergarten musical, ella debe ser casi nula. La palabra, suprema expresión del pensamiento ya formado, el niño difícilmente la comprende. El ambiente y la actividad dirigida, tienen para él mayor afinidad que la trasmisión del juicio, de la idea o del concepto, por objetivo que sea.

ELISA GAYÁN

Profesora auxiliar del  
Conservatorio Nacional  
de Música.